

tor, haciéndose cargo de este razonable motivo, nos dispensará esta digresión, cuyos datos hemos entresacado del historiador Doménech, quien afirma haberlos recogido en gran parte de una escritura antigua en pergamino y con sello que halló el Ilmo. don Francisco Arévalo de Zuazo, obispo de Gerona, diligentísimo en buscar cosas muy señaladas de Santos, especialmente de este obispado.



CAPITULO VIII

Regreso de San Narciso á Gerona

Después de recorrer el larguísimo trayecto que media entre Alemania y España, pisaron nuevamente San Narciso y su diácono Félix las tierras que se extienden hácia el Mediodía en el extremo oriental de la cordillera pirenaica, y tras un viaje de seis ó siete meses, á pié y sufriendo todo género de incomodidades y privaciones, llegaron á Gerona.

Por lo que dejamos apuntado en el capítulo IV puede fácilmente colegirse el lamentable estado en que el santo Obispo debió encontrar á su amada grey, combatida duramente todo aquel tiempo por la furia del delegado de Daciano, que ejecutó en ella la más horrible carnicería. El bárbaro Rufino había encontrado al pueblo gerundense enteramente cristiano, y se cebó en él como lobo hambriento entre un rebaño de tímidas ovejas. Verdad es que hubo de habérselas

con cristianos entusiastas y esforzados como hijos de nuestra noble ciudad, y se vió precisado á combatir con atletas de la fé como el insigne diácono Victor y el indomable apóstol Félix africano; pero, á pesar de tanta fé, tanto valor y tal constancia, llegó el infame tirano á diezmar á los fieles de Gerona en términos que los sobrevivientes se vieron amedrentados y reducidos á ocultarse otra vez en las cavernas y subterráneos, por falta de jefes que pudieran guiarles en aquella lid sangrienta.

En tales circunstancias, creyendo Rufino ya cumplida su infernal comisión, pudo abandonar esta ciudad en la creencia de haber acabado en ella con la congregación de los adoradores de Jesucristo.

El conocimiento de esta dispersión y nueva calamidad nos sugiere fácilmente una idea de la oportunidad con que llegó San Narciso á su querida patria. ¡Cómo se esforzaría el santo Obispo en reorganizar su atribulada grey, y cuánto ánimo cobrarían los cristianos con la presencia y tutela de su venerado Padre! Es de suponer que no cesaría de animarles con sabias exhortaciones y que les conjuraría á seguir animosos en la profesión de la verdadera fé, poniendo ante sus ojos los bellísimos ejemplos de los que habían vertido su sangre por confesar á Jesucristo, mostrándoles la brillante corona que por ello ceñían en el reino de los cielos.

El citado *Compendio* de la vida de nuestro Santo, cuya traducción hemos suspendido en el capítulo tercero, después de referir cuanto queda dicho acerca de la conversión de Santa Afra y del regreso de San Narciso en compañía de su Diácono, dá cuenta de su llegada en los siguientes términos:

“Encontraron aquella Iglesia quebrantada por horrible tempestad de persecución, en términos que eran muchos los que vacilaban en la fé, á los cuales confortó San Narciso; y exhortando á todos para que los que seguían constantes lo estuviesen aún con mayor firmeza, les animó á sufrir el martirio.

“Reunió luego á los fieles de ambos sexos y les expuso el motivo de su largo viaje, refiriéndoles como Jesucristo, por su gracia y gran misericordia, obró en Augusta la conversión de insignes rameras para ejemplo en todos de penitencia y para que la virtud se viese ensalzada entre los gentiles. Oyendo este razonamiento, toda la multitud de fieles derramó copiosas lágrimas y dió gracias al Señor que no permite que ninguno se pierda, sino que desea que abracen todos la penitencia y consigan el perdón de sus pecados.

“Entre tanto, mientras San Narciso iba sembrando la divina palabra por los lugares de España y convirtiendo á muchos á la fé, llegó á sus oídos la nueva de que la iglesia que dejó fundada en Augusta se hallaba ya

tan despedazada por la cruelísima persecución de los gentiles, que apenas quedaban en ella insignificantes restos de la Religión cristiana; y que la bienaventurada Afra, obligada á comparecer ante el tirano y después de haber hecho pública confesión de su fé, por el nombre de Cristo había sido condenada á la hoguera, en cuyas llamas sufrió martirio con todos los de su familia.

“Sabedor de esto el santo Obispo, dió gracias al Señor por la gran victoria que con su pasión habían logrado Afra y sus compañeras; pero, al mismo tiempo, lloró con amarguísimas lágrimas la persecución y ruina de aquel rebaño de Jesucristo; y rogando fervoroso á Dios por las reliquias que subsistiesen del lozano vergel que había plantado en Augusta, señaló día en su Iglesia para la solemne conmemoración del martirio de Afra y demás que la acompañaron en su triunfo, y divulgó por las Iglesias de España la historia de su conversión y gloriosa muerte.”

De estas últimas palabras y del contexto de los párrafos que acabamos de copiar deducen algunos que nuestro Santo, en el espacio de cerca tres años que medió desde su regreso á Gerona hasta su martirio, no se limitó á reconstituir su propio obispado, sino que además recorrió otros países y visitó muchos otros lugares de España, predi-

cando en todas partes la doctrina evangélica, convirtiendo á muchísimos y levantando el culto y adoración de Jesucristo á la altura que había alcanzado antes de esta última persecución. El Breviario barcinonense consigna la noticia de su predicación en la populosa ciudad de *Emporion* (Ampurias) sobre la costa meridional del golfo de Rosas, en la que había predicado, poco antes, y recogido abundante fruto el glorioso Apóstol de Gerona San Félix el africano, y de cuyo extenso ámbito quedan sólo débiles vestigios y reducidas ruinas.

Debió favorecer muchísimo á esta última misión de San Narciso la circunstancia de haber abandonado estas tierras el cruel prefecto Daciano y su delegado Rufino, á consecuencia de la abdicación de los emperadores Diocleciano y Maximiano Hercúleo, verificada en primero de Mayo del año 305 de nuestra Era (1), con lo que terminó la pretura extraordinaria de aquellos lugartenientes del Imperio. Entonces cesó por completo la persecución que podríamos llamar oficial y que en España no se prolongó á más del año 304, según afirma Eusebio (2); pero continuó

(1) Así se desprende de la narración de Lactancio en su libro *De Morte Persecutorum*. Pueden verse las notas del eminente crítico P. Antonio Pagi, al año 304, en las obras históricas del cardenal Baronio.

(2) *De Martyribus Palestinae*, cap. XIII.

todavía durante algunos años una persecución popular, sostenida, con aquiescencia de las autoridades imperiales, por el fanatismo de los gentiles en quienes no acababa de extinguirse el odio al Cristianismo. A estos re-sabios de persecución se debió el martirio de San Narciso que luego vamos á referir.

Vuelto el Santo á Gerona después de sus últimas predicaciones en varios puntos de Cataluña, se dedicó especialmente al cuidado é instrucción de sus amados hijos los geroneses. Corría el año 307 y la presencia del Pastor vigilantísimo iba ya reportando su fruto en el pueblo cristiano. El ardiente amor de Dios que abrasaba su pecho, el poderoso estímulo de sus virtudes ejemplarísimas, su incansable celo y su caridad inagotable excitaban y enardecían á un tiempo el amor de los buenos y el odio de los malos; y así como el elocuente oráculo de su palabra aumentaba diariamente el número de los que atentos y dóciles le escuchaban, así también iba redoblándose el encono que el espíritu maligno infundía en los obcecados secuaces del paganismo.

Entonces, como ahora y como siempre, había hombres perversos, que, esclavos del vicio y enemigos de la austeridad que demanda la moral verdadera, se empeñaban en eclipsar el sol de la verdad que les confundía y en matar la voz de la virtud que re-

prendía sus excesos y maldades. Estos odiaban de muerte á San Narciso, y en su deseo de destruir la obra del glorioso Prelado, concitaban los ánimos contra él y sus fieles adictos, y mantenían en lo posible la persecución que ya no ejecutaban directamente los poderes públicos. Es achaque de todos los tiempos en que los gobiernos no están informados por el espíritu de la moral católica, el descaro de los malos en vejar y oprimir á los que siguen el camino del deber y de la justicia; y esto precisamente pasaba en Gerona durante aquella época en que el sol del Cristianismo pugnaba todavía por romper la densa niebla que los errores gentílicos tendían sobre la tierra.

Pero, además de las causas de persecución y exterminio que acabamos de alegar, hubo otra muy poderosa y eficaz, que señala el referido *Compendio* y que fué el verdadero instrumento de la muerte de San Narciso. Esta fué la falsa prudencia de aquellos enemigos encubiertos que, só capa de fingido celo por el bien general y con el taimado pretexto de evitar mayores males, no solamente procuran dejar expedito el camino para que los malvados puedan realizar su dañado intento, sino que á veces, y esto es lo más frecuente, se adelantan á promover y aconsejar el mal, si no tienen valor para ejecutarlo por sí mismos. Esos adversarios sola-

pados ó traidores encubiertos sabian positivamente que los sicarios del gentilismo maquinaban la muerte del santo Obispo, pero comprendían que éstos no se hubieran atrevido á realizar su maldad por el temor de que se originase un tumulto en defensa del amado Pastor de los cristianos. Por otra parte, estaban firmemente persuadidos de la inutilidad de exigir al Santo, ni siquiera proponérselo, que cesase en su predicación y trabajo apostólico en defensa de la verdad católica contra los errores de la inmunda idolatría; porque un atleta de la fé cristiana ni cesa un instante en la lucha ni transige jamás con las añagazas del artero adversario. Y temerosos de que la cristiana entereza y santa intransigencia del valeroso apóstol ocasionase una nueva persecución en detrimento de la falsa paz que tanto codiciaban los mundanos, resolvieron en secreto procurar la muerte del enviado de Dios, facilitando mañosa y disimuladamente la realización de un crimen que quizá no se hubieran atrevido á perpetrar los enemigos descarados del nombre cristiano. Así lo dice textualmente el tantas veces citado Compendio de la vida de nuestro Santo, con las siguientes palabras: *Audientes interim majoris Civitatis Gerundæ multos quotidie converti ad Christum per Beatum Narcissum, quem dudum ob declinandam perse-*

cutionem ad exterarum regiones profugisse audierant, timentes ne fama doctrinæ ad aures præfecti Hispaniæ pertingeret, et ne fortè furor illius contra Civitatem illam desæviret, cogitaverunt eum occidere; sed quia vir nobilis erat, et etiam multi erant qui per eum Christo crediderant, timentes ne seditio oriretur in populo si publicè occideretur, jusserunt satellitibus suis ut observarent eum, et accepta opportunitate clam interficerent.

Al transcribir ese notable texto, hemos creído conveniente dejarlo en latín, tal como se halla continuado en los autores que en otro lugar citamos (1), para que no pueda sospecharse que, con la traducción, recargáramos la dureza de su concepto, ni atribuirse á exageración nuestra el relato de una maldad que atestigua la proverbial baja de los *prudentes* del siglo, de aquellos que en todos tiempos han causado mayor daño á la Religión que sus más fieros y descarados perseguidores.

A esa vil infamia se debió la muerte de nuestro glorioso Patrono, de que vamos á tratar en el capítulo siguiente.



(1) En el cap. III, pág. 30.